

Estudio preliminar

Víctor Hugo Pacheco Chávez

Es sorprendente la pluralidad de sentidos que genera una obra tan vasta como la de José Carlos Mariátegui. Esto lo podemos ver en la cantidad de compilaciones y antologías que siguen publicándose sobre el Amauta hasta nuestros días; este trabajo es prueba de ello. Mariátegui nos interpela de diferentes maneras, cada una de ellas supone un estímulo y un reto para afrontar las problemáticas de nuestro presente: la crisis mundial, que nunca redujo a una cuestión meramente económica, sino que trataba de ubicar desde un enfoque de totalidad en el cual la política, la cultura y la economía realizaban anudamientos que para desatarlos no bastaba con situarse en un solo campo disciplinar. Así como las desigualdades estructurales y la contención de subjetividades rebeldes que la homogeneización de la blanquitud trata de anular.

La recuperación del pensamiento de Mariátegui que han realizado diversos intelectuales, a partir de las compilaciones, antologías y reediciones de su obra, acompañan la lectura política y/o cultural que pesa sobre la región. Esto lo podemos observar en trabajos clásicos, como los que en su momento realizó José Aricó¹. Este importante trabajo trataba de situar a Mariátegui como un autor marxista. Por su parte, Aníbal Quijano en la reedición de su trabajo

clásico en la Biblioteca Ayacucho², introduce al Amauta en los debates sobre la colonialidad del poder. No obstante, la reflexión sobre los trabajos de Mariátegui conserva curiosamente la dicotomía que abre incluso una manera de entender su obra, la cual oscila entre lo artístico/literario y lo político/sociológico, como ya lo apuntaba Aníbal Quijano en la antología que realizo en 1991³, cuestión que puede verse en las últimas compilaciones que han sido publicadas⁴. Desde mi punto de vista, la obra de Mariátegui debe asumirse desde un enfoque de la totalidad en la cual política y cultura no están separadas.

El posicionamiento militante sigue vigente en las últimas antologías que han sido elaboradas. Publicar otra selección de textos, teniendo en cuenta este panorama, no deja de ser arriesgado, pero abre el diálogo sobre una obra tan multifacética y apasionada como la del intelectual peruano. Cabe señalar, que su trabajo no estuvo desligado de las luchas políticas de su momento; al igual que Karl Marx, acompañó las luchas de su tiempo y promovió su organización política, trazando los horizontes de transformación no solo del Perú sino del movimiento revolucionario de América Latina y el Caribe: nacionalista, antiimperialista, comunista e indigenista. Y que hoy podemos ubicar como parte de la genealogía, no únicamente del marxismo sino también de las teorías del Sur Global y de la descolonización del poder.

Mariátegui, como Marx, es un teórico de la crisis, la cual piensa como un momento de oportunidad política⁵. Lejos de mantener una mirada nostálgica por el mundo que está pereciendo, busca, en medio de los escombros, motivos no solo para avanzar, sino para plantear un tipo específico del cambio revolucionario, que no pasaba por la

ortodoxia de los Partidos Comunistas, pero tampoco por el camino de los movimientos nacionalistas que no contemplaban el antiimperialismo, sino que se enraizaba en la tradición comunalista latinoamericana⁶. El momento en el cual madura su pensamiento, durante su estancia en Europa (1919-1923), presenciara los efectos del desmoronamiento del mundo que, hasta la Primera Guerra Mundial, estaba dominado por fuertes imperios: ruso, austrohúngaro, alemán, otomano, chino, holandés, inglés y francés; además de la cada vez mayor preponderancia de Estados Unidos y del imperialismo como sistema⁷.

La caída y crisis de estos imperios coincidió con la creación de varios países y el reacomodo geopolítico en la Gran Guerra de 1914-1918. Para Mariátegui la caída de esos imperios coincide y se relaciona también con la crisis de Occidente, que en términos cosmogónicos alcanza un significado profundo y que en realidad se extiende a fechas tempranas del mismo despliegue de la civilización occidental, ya que en la óptica de Mariátegui es un proceso que tuvo tres momentos críticos, es decir, del siglo XV hasta inicios del siglo XX: a) la teoría copernicana que planteó el descentramiento del hombre dentro de la concepción del universo; b) la teoría de la evolución darwinista en el siglo XIX; y, c) el relativismo einsteiniano. Esto que Mariátegui⁸ va a denominar las tres humillaciones cósmicas del hombre implica el descentramiento del antropomorfismo, pero no del antropocentrismo.

En realidad, la desintegración de todo el mundo conocido, por lo menos de los dos últimos siglos previos, fue una crisis que se mantuvo hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial. Aunque vale la pena señalar, esta crisis de los

imperios sirvió como una oportunidad para que los países del Sur Global aceleraran los procesos de modernización política, económica e institucional necesarios para hacer frente y cuestionar el dominio colonial imperialista al que habían sido sometidos por siglos. Mariátegui no yerra al ver en algunas figuras con sus luces y sus sombras la conducción de este proceso: Mustafa Kemal Atatürk, en Turquía; Sun Yat-sen, en China; Gandhi, en India; y Lenin, en Rusia. Pero Mariátegui no se quedó ahí, y observó que a la par de este proceso estaba surgiendo la oportunidad de impulsar proyectos revolucionarios que fueran más allá de esa orientación democrática y capitalista. Mariátegui tenía la firme convicción de que los procesos revolucionarios de América Latina, con una base indígena sólida, tenían la posibilidad de pasar al socialismo sin transitar por la modernización capitalista como proyecto político.

El propósito de esta antología es situar a Mariátegui como uno de los precursores de las discusiones sobre el Sur Global. Como es sabido, el occidentalismo ha hecho que el mundo sea visto desde el Norte. En este sentido, la historia universal es en realidad el proyecto político de las elites de aquel hemisferio, que silencian a las culturas del Sur. Centrar la reflexión en la obra de Mariátegui nos permite establecer una visión del mundo desde el Sur. Aunque las discusiones sobre esta categoría tienen su genealogía en la conferencia de Bandung de 1955, con el establecimiento de una política anticolonial y nacional, no es hasta que, en 1969, Carl Oglesby la utiliza para hacer un posicionamiento contra el Norte Global. El Sur irrumpe desde sus inicios como una metáfora de la subversión de los países menos desarrollados contra la opresión de los países que concentran la riqueza mundial.

La noción del Sur, al situarnos en el terreno de las discriminaciones culturales y raciales a las que son sometidas las poblaciones conquistadas, plantea un interés por los fenómenos de la independencia, la nacionalización, el desarrollo y la industrialización. El posicionamiento de la categoría de Sur sobre otras como la de periferia estriba en que centra la atención en el desarrollo que las dinámicas económicas tienen sobre los fenómenos culturales⁹.

Los estudios del Sur Global sitúan a los movimientos anticoloniales de África, Asia y América Latina de inicios del siglo XX como una primera ola de este fenómeno, e incluso mencionan la importancia de José Carlos Mariátegui como un pensador latinoamericano que desplegó una reflexión del mundo contemporáneo en esta línea¹⁰. Pero, vale la pena señalar que, cuando digo que Mariátegui es un autor que pensó su época desde el Sur Global, con ello voy en una dirección contraria a quienes señalan la globalidad o la globalización de Mariátegui. El aspecto de la globalidad nos habla de la globalización de su pensamiento, pero sobre todo lo sitúa como un actor que pensó y tejió redes universales contrarias a una dinámica meramente local¹¹. En este sentido, los trabajos que analizan la dimensión global de Mariátegui están en sintonía o son un sinónimo para hablar de Mariátegui como un autor cosmopolita¹².

Si bien podemos encontrar líneas que sustentan la mirada globalista o cosmopolita en la obra del Amauta, considero que Mariátegui nos ofrece muchos más elementos para la comprensión de nuestro presente al encuadrarlo como un autor que pensó desde el Sur Global. Precisamente, situarse desde un espacio local le permitió observar las relaciones asimétricas de dominio y explotación impuestas

por la colonialidad del poder. Por ello, un autor como Felipe Lagos¹³ señala que en Mariátegui se puede observar una reflexión sobre el despliegue de la jerarquía racial de la globalización similar a la forma en que Cedric Robinson¹⁴ teoriza el “capitalismo racial”. La problematización del establecimiento de relaciones asimétricas marcadas por la racialización del mundo en los estudios de la globalización, o del cosmopolitismo, siempre queda opacada porque el énfasis recae en los aspectos culturales que conforman a una comunidad más allá de sus diferencias nacionales.

Que hubiese algunos aspectos positivos de Occidente a través de la introducción de elementos técnicos en la vida cotidiana de las personas (como el acotamiento de las distancias, los ferrocarriles, los carros, los aviones, la correspondencia), o que existiera un nuevo sentido de la estética o una modernización educativa, son aspectos que, en Mariátegui, como suele suceder en Marx, siempre están en tensión. Si bien en algunos momentos el cosmopolitismo se presenta como una mejor forma de comprensión de lo nacional, esto no significa que Mariátegui contrapuso el cosmopolitismo al nacionalismo. De hecho, solo en la medida en que haya un arraigo más afianzado en lo nacional se puede expresar ese alcance universal:

Vallejo es muy nuestro, es muy indio. El hecho de que lo estimemos y lo comprendamos no es un producto del azar. No es tampoco una consecuencia exclusiva de su genio. Es más bien una prueba de que, por estos caminos cosmopolitas y ecuménicos, que tanto se nos reprochan, nos vamos acercando cada vez más a nosotros mismos¹⁵.

Habría que recordar que el cosmopolitismo ha tenido dos maneras de entenderse. La primera, como una teoría del gobierno y una ciudadanía global con rasgos homogéneos; que es por donde se orienta la mayoría de los posicionamientos al respecto. La segunda, como una singularidad cultural y estética nacida de varios componentes culturales¹⁶. Me parece que lo “cosmopolita” y lo “local” en Mariátegui se dan bajo un juego dialéctico donde uno incide en el otro. La síntesis del encuentro será siempre de lo local a lo global y/o viceversa. Pero, a la vez, las consideraciones que tiene sobre lo nacional se expresan de una manera potente como un universal que contiene lo singular, no que lo elimina o lo contrapone de manera fatídica:

No obstante, esta impregnación de cosmopolitismo, su concepción ecuménica del arte, los mejores de estos poetas vanguardistas siguen siendo los más argentinos. La argentinidad de Girondo, Güiraldes, Borges, etc., no es menos evidente que su cosmopolitismo. El vanguardismo literario argentino se denomina “martinfierrismo”. Quien alguna vez haya leído el periódico de ese núcleo de artistas, *Martín Fierro*, habrá encontrado en él, al mismo tiempo que los más recientes ecos del arte ultramoderno de Europa, los más auténticos acentos gauchos¹⁷.

Y es que el sentido cosmopolita sin el contenido nacional para Mariátegui es una aspiración de las burguesías transnacionales y de las elites imperiales, por ello dirá, refiriéndose a la captura de los valores artísticos y estéticos de las culturas negras dentro de las vanguardias europeas:

La moda de los motivos negros en la literatura y la música corresponde, en el plano político, a un período de creciente interés del Occidente por las reivindicaciones de los negros. Pero, mientras el auge del folklore negro en la música y en la literatura, se nutre, en la sociedad burguesa, de un sentimiento de colonizadores amalgamado con la afición exotista de una cultura decadente, la atención que encuentra en los sectores revolucionarios y antiimperialistas de Europa y América la cuestión de la raza negra obedece a una verdadera corriente internacionalista. Porque, como lo observa Stefan Zweig, no hay que confundir cosmopolitismo e internacionalismo. El cosmopolitismo no excluye mínimamente los odios de pueblos y razas. Es, simplemente, el rasgo de un orden imperialista que ha acercado las distancias y multiplicado las comunicaciones, sin acercar ni coordinar íntimamente a las naciones. Paul Morand es un literato cosmopolita. A nadie se le ocurriría clasificarlo como internacionalista. Nada, en el fondo, es tan parisién como su arte¹⁸.

El sentido de lo nacional para Mariátegui se encuentra alejado de las burguesías nacionales y de las elites coloniales, pues la defensa de la integración nacional es el foco de resistencia a las pretensiones coloniales. La apuesta por lo nacional es la elevación de las formas sociales de vida del pueblo oprimido, pero desde una perspectiva emancipadora. Por ello, cuando define qué es la peruanidad, la sitúa en un ámbito local y no en la etérea historia universal:

En el Perú los que representan e interpretan la peruanidad son quienes, concibiéndola como una afirmación y no como una negación, trabajan por dar de nuevo una patria a los que, conquistados y sometidos por los españoles, la perdieron hace cuatro siglos y no la han recuperado todavía¹⁹.

Vale apuntar que no he perdido de vista las discusiones del Sur Global en cuanto a la heterogeneidad histórico-estructural de las sociedades a nivel mundial, y que sugieren de manera adecuada que, así como el Norte tiene zonas que no han alcanzado el mismo grado de desarrollo, el Sur también tiene polos de desarrollo industrial, mercantil o financiero que se presentan como un Norte dentro del Sur. Aún más, aunque en esta antología no se recogen las reflexiones de Mariátegui sobre la Europa del Este, esto obedece únicamente a la intención de destacar el diálogo con otras regiones que no es tan común en las compilaciones existentes sobre el Amauta, pero es algo que queda abierto a su discusión y ampliación.

Modernización del Sur Global

La capacidad para estudiar los fenómenos sociales en su pleno desarrollo le permitió a Mariátegui comprender el doble proceso que se estaba llevando a cabo en las primeras décadas del siglo XX, y que venía gestándose desde el último tercio del siglo XIX: por un lado, la modernización del Sur Global como un movimiento universal del capitalismo imperialista, que no dejaba de tener sus expresiones nacionales; pero por otro, la profundización del aspecto nacional, que gestó la posibilidad de un movimiento de mayor radicalidad: el antiimperialismo como una necesidad incluso del desarrollo del movimiento comunista internacional. Tratar de dar cuenta de este doble proceso y sacar las enseñanzas necesarias para el desarrollo de los diversos movimientos revolucionarios en América Latina y el Caribe es la preocupación primordial de Mariátegui.

El proceso compartido de modernización y desarrollo de una conciencia de clase/nacional del Sur Global es una cuestión que permitió a Mariátegui pensar en los paralelismos que algunos líderes políticos pudieron tener con sus pares latinoamericanos, no solo en un sentido cronológico de pensar que la modernización de América Latina comenzó con las independencias de inicios del siglo XIX, sino en contemporaneidad como fenómenos que se pueden analizar en líneas generales, quizá por ello se atrevió a comparar a Abd el-Krim, líder de la efímera República Rifeña, con Simón Bolívar o José de San Martín²⁰. Actualmente, pocos son los estudios que han hecho alcances serios sobre el análisis comparativo de los procesos de modernización del Sur Global.

Entre los trabajos que han concedido atención a la comparación de los procesos de modernización del Sur Global, se encuentra el estudio pionero de John Mason Hart²¹ que, enfocándose en la modernización económica, centra su reflexión en la revolución mexicana. El trabajo de Hart contiene un extenso capítulo donde señala las contradicciones de la modernización económica de Irán, China, México y Rusia que dieron pie a movimientos revolucionarios²². Recientemente, han avanzado sobre esta línea autores como Cyrus Veesser²³, quien da un peso significativo a las figuras de Mustafá Kemal Atatürk, en Turquía; Sun Yat-sen, en China; y Porfirio Díaz, en México. Así, como Kaldone G. Nweihed²⁴ quien establece una conexión entre Simón Bolívar y Mustafá Kemal Atatürk. También se encuentra al trabajo de Andrés Orgaz Martínez²⁵, que realiza una interesante investigación comparativa de los procesos modernizadores de Plutarco Elías Calles y Mustafá Kemal Atatürk, sin

embargo, no le da tanto peso al sentido antiimperialista. Para una mirada panorámica de este proceso de modernización en la región árabe se encuentra el estudio de Albert Hourani²⁶ sobre la historia de los países árabes²⁷.

La modernización del Sur Global tuvo tanto características similares como diferentes. Una de esas semejanzas y diferencias la podemos ver en los procesos de China y Japón. Recordemos que la caída de la monarquía china y, en consecuencia, del surgimiento de la república instaurada en 1911, fue un proceso que comenzó en el siglo XIX a partir del asedio y de la penetración del Occidente por el dominio de algunos territorios y del control del comercio en esa región. Algo similar ocurrió con Japón que, si bien nunca fue conquistado en estricto sentido por las potencias imperiales, incluido el coloso chino, sí tuvo que someterse al dominio estratégico que estas potencias imponían para el comercio internacional. La cercanía de ambos países hizo que este proceso no estuviera exento de conflictos prácticamente hasta la Segunda Guerra Mundial, por la demanda de territorios que China tenía bajo control y que eran reclamados por Japón.

La modernización de Japón trajo cambios culturales profundos. Por ejemplo, grupos como los samuráis fueron desplazados de su jerarquía social con la abolición del feudalismo, lo cual también significó un empobrecimiento, tanto económico como social y político, que los incorporó al sector campesino. Otra de las consecuencias derivadas de la fortaleza de las relaciones comerciales en Japón fue que el sector de los comerciantes y artesanos ascendiera socialmente como la nueva clase dominante²⁸. La fuerte industrialización incentivó el movimiento obrero japonés.

Aunque este fue reprimido, una fuerte oleada de huelgas en los años veinte permitió un auge del movimiento socialista, proceso del que dio cuenta Mariátegui.

Las llamadas Guerras del Opio en China tuvieron como consecuencia la apertura de manera forzada de su comercio exterior, pero también implicaron cambios culturales, como en Japón, que hicieron que las ideas "tradicionales" se abrieran a los valores occidentales. Aunque en ambos países se intentó una convivencia de códigos culturales, poco a poco las generaciones jóvenes se desprendieron en lo político de la necesidad de la monarquía.

Para inicios del siglo XX la situación del imperio chino era muy complicada, no solo estaba siendo fragmentado por la posesión de territorios de las potencias imperiales inglesa y francesa, sino que también tenía un creciente movimiento nacionalista que apostaba por la instauración de la república y que veía la necesidad de una regeneración de las instituciones políticas acusadas de corrupción burocrática. La influencia de Japón, que salió airoso de la guerra con Rusia (1904-1905), hacía más perceptible las influencias extranjeras dentro de la cultura china. Esta influencia también fue consecuencia de la conexión con los movimientos progresistas de los países asiáticos y con las tendencias políticas de Occidente. Así, China logró dar fin a su faceta monárquica y transitar a la república en 1911, bajo el liderazgo de Sun Yat-sen, que asumió la presidencia en 1912.

El periodo republicano de China se estableció con una peculiaridad que no hay que dejar de lado. En la parte norte se mantuvo la monarquía y en el sur, la república; lo cual derivó en varias tensiones que contribuyeron a que,

durante la Primera Guerra Mundial, Japón pudiera arrebatarle algunos territorios. De esta manera,

(e) en el periodo 1916-1928, China quedó fraccionada con costos de poder que impidieron la consolidación de un nuevo régimen político nacional. La división del país se dio entre un gobierno central extremadamente débil con sede en Beijing, un conjunto de jefes militares que controlaban una o más provincias y guerreaban entre ellos, y una república con influencia marginal, encabezada por Sun Yat-sen en la ciudad de Guangzhou²⁹.

La etapa contemporánea de la India comienza en el siglo XVIII con la injerencia del imperialismo inglés y tiene un proceso de agitación política intenso y largo a mediados del siglo XIX, que terminará prácticamente a mediados de la década de los cuarenta del siglo XX. En 1857-58 la rebelión de los cipayos provocó un cambio hacia un gobierno británico directo y la disolución de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Este evento marcó el fin del control corporativo de la compañía y el inicio del Raj británico. El proceso de modernización de la sociedad hindú se intensificó en este periodo hacia el final del siglo XIX cuando, en la economía, la India se convirtió en una fuente de materias primas; mientras, en lo cultural, la modernización educativa con la creación de universidades para las elites impactó en la creación del movimiento nacionalista que llevó a la fundación del Partido del Congreso en 1885, el cual lideró el movimiento de independencia hasta entradas las primeras décadas del siglo XX. Después de la Primera Guerra Mundial la India entró, por una parte, en un proceso de industrialización, pero, por otra parte, también recobró

un impulso del movimiento nacionalista con la figura de Gandhi, a la cual Mariátegui critica por ser un factor de contención revolucionaria más que de impulso de la independencia misma, aunque, como sabemos, finalmente en 1947 será el mismo Gandhi quien encabece y logre la independencia de su país.

El desmoronamiento del imperio Otomano tuvo como consecuencia la independencia de Egipto en 1922 y la creación de Turquía en 1923, a partir de la herencia del imperio que se desintegró luego de la Primera Guerra Mundial. La modernización de la cultura islámica en general se dio también porque la modernización de instituciones políticas y comerciales que iban asentándose por imposición y dominio de los imperios occidentales y el creciente avance estadounidense exigía un sistema educativo que respondiera a la necesidad de que las elites políticas se formaran en esos nuevos códigos que se estaban desarrollando.

Aunque en lo general el otomanismo, el reformismo islámico y el nacionalismo respondían a finales del siglo XIX a los motivos de la tradición islámica, en lugares como Egipto este proceso adquirió tintes más radicales, ya que su surgimiento en la década de 1880 estuvo relacionado más al rechazo de la ocupación inglesa, de forma similar a lo que sucedió en Túnez y Argelia; mientras que el nacionalismo otomano que se estaba gestando por esos años también se enfocó en mantener la hegemonía imperial. Albert Hourani señala:

Cuando apareció el nacionalismo egipcio, fue un intento de limitar o liquidar la ocupación británica, y tuvo un contenido específicamente egipcio más que árabe o islámico u

otomano. La resistencia a la ocupación británica de 1882 ya incluía un ingrediente nacionalista, pero aún no estaba completamente estructurada, y solo en los primeros años del nuevo siglo se convirtió en una fuerza política real, y que podía servir como foco de otras ideas acerca del modo en que la sociedad debía organizarse. No era una fuerza unida: había divisiones entre los que reclamaban la retirada británica y los que, bajo la influencia de las ideas del nuevo islamismo, creían que la necesidad principal era el desarrollo social e intelectual, y que en este sentido Egipto podía aprovechar la presencia británica³⁰.

En efecto, la presencia británica fue aprovechada; en 1914 Inglaterra decretó que esta región se constituía en un protectorado, dejando atrás el dominio Otomano. El movimiento nacionalista egipcio logró fortalecerse y consolidar la independencia en 1922. Este es el proceso de manera general que está observando Mariátegui. Si bien no derivó en la creación de un régimen republicano o democrático, sino en una monarquía constitucional, el nacionalismo antiimperialista refleja el sentido de libertad que el Amauta señala se había instaurado en esas tierras³¹. Turquía fue en realidad el único Estado totalmente independiente surgido después de la caída del imperio Otomano. Aunque su proceso de modernización también comenzó a mediados del siglo XIX, tuvo una aceleración y radicalidad en sus primeros años bajo la tutela de Mustafá Kemal Atatürk.

Mariátegui prestó una considerable atención al tema judío, el cual, cabe mencionar, mira con benevolencia, pero sin dejar de señalar sus contradicciones. Es sabida la visión tan favorable que tenía Mariátegui sobre la comunidad judía internacional; esta consideración, como se

ha destacado en estudios recientes, parte de los vínculos que el Amauta construyó con los exiliados que fortalecieron dicha comunidad radicada en Lima, especialmente con los militantes socialistas, además de las conexiones con pensadores latinoamericanos de origen judío, como Waldo Frank y Samuel Glusberg. En el ámbito limeño Mariátegui fomentó la discusión sobre este tema apoyando el proyecto editorial *Repertorio hebreo*, que dirigió el joven matrimonio de Miguel Adler y Noemí Milstein. Aunque el proyecto editorial tuvo una breve existencia, alcanzó tres números, y quedó truncado por la muerte de Mariátegui, logró rápidamente agrupar una parte significativa del movimiento progresista judío de la época a nivel mundial. La revista *Amauta* se benefició de ese vínculo con traducciones de textos de autores judíos europeos de talla mundial como Sigmund Freud³².

De hecho, el motivo de que Mariátegui hable de manera positiva de la cuestión judía ha fortalecido las lecturas cosmopolitas del proyecto político-intelectual mariateguiano. No obstante, a mi parecer, habría que pensar que dicha consideración política no impedía, en el caso del Amauta, señalar las contradicciones y dificultades de la construcción del Estado judío en Israel.

En primer lugar, Mariátegui observa cómo el proyecto de la creación de un Estado judío en tierras Palestinas es una estrategia inglesa de control territorial y comercial. Esto no es menor porque implica pensar cuáles son las bases sobre las que se creó el Estado de Israel. Dichos cimientos no son meramente administrativos, sino que implican definir también los rasgos y alcances de lo nacional. Para Mariátegui es obvio que el proyecto de creación de un

Estado judío para Inglaterra se mantenía bajo la lógica del expansionismo colonial, pero ya no con un control directo, sino a través de un dominio indirecto, administrado por las elites y burguesías nacionales, esto se validó como una nueva forma de relación colonial por medio del artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones, bajo el que se regía la recién creada Sociedad de Naciones. Dicho artículo sometía a los Estados recién creados al fin de la Primera Guerra Mundial al tutelaje de las “naciones civilizadas”³³. Así, el protectorado Palestino y el Estado de Israel tenían un origen común en cuanto al sometimiento inglés.

Mariátegui tensa la necesidad de establecer el tema judío no solo por su sentido instrumental comercial, sino como una falsa salida que Europa ofrecía a los judíos expulsándolos de nueva cuenta al concentrarlos en un *ghetto* lejos de los territorios europeos. Pero, además, porque la nacionalidad judía, en el proyecto israelí, partía de una visión mítica que no tenía un sustento en el devenir propio de la relación que puede tener una comunidad con el territorio en el cual se desenvuelve. Esto no significa que Mariátegui piense que hay nacionalismos que no se sustentan en una parte mítica o simbólica, lo que critica Mariátegui es que la nación judía ya no tenía un asidero territorial concreto, sino que ya se había desperdigado por el mundo haciéndose parte de las expresiones nacionales de cada país. Por ello, para Mariátegui el único espacio como condición de posibilidad de su desarrollo que le quedaba era el de la universalidad, rasgo que el judaísmo no dejaba de compartir con el cristianismo, caso contrario al confusionismo (que para Mariátegui era el contenido espiritual de China) que mantenía rasgos

marcadamente locales; lo mismo pasaba en la perspectiva del Amauta con el contenido espiritual de los pueblos indígenas.

En segundo lugar, Mariátegui a diferencia de las posturas judías, incluidas las de izquierda, asume que conflicto social y la violencia derivados del proceso de ocupación para la creación del Estado israelí, así como el control de Palestina son dimensiones interconectadas de un mismo devenir histórico del colonialismo:

La “hipocresía de la rubia Albión” es uno de los más viejos lugares comunes de la historia moderna. Pero acontecimientos como los que se desarrollan actualmente en la Palestina, rebasan los límites de su habilidad. La organización oficial sionista, aunque incondicionalmente enfeudada a la política británica —conducta que la ha hecho perder toda influencia sobre las grandes masas judías— se ha visto obligada a formular reivindicaciones que demuestran lo artificial de la construcción del hogar nacional israelita. La Gran Bretaña quiere ser el hada madrina del Estado sionista. Pero no es capaz ni de reconocer a los judíos una verdadera independencia nacional, una efectiva soberanía en el territorio de Palestina, ni de protegerlos contra la reacción árabe con su autoridad y poder imperiales³⁴.

De esta forma vemos como Mariátegui fue crítico del sionismo, incluso en su versión marxista que pugnaba por la pertinencia del Estado judío. El tema de la nacionalidad judía ya no pasaba por la creación de un Estado, porque se tenía que dirimir en cada espacio nacional, como posibilidad de plantear su propia universalidad. La relación entre lo universal y lo particular es para el

Amauta algo que se retroalimenta de manera constante, pero siempre desde un particular concreto. Me parece acertado el señalamiento de Yuri M. Gómez Cervantes³⁵, quizá habría que releer esos textos de Mariátegui sobre el conflicto israelí-palestino desde una óptica de una solidaridad con un pueblo que está siendo despojado de su territorio y no solo desde un cosmopolitismo ausente de conflicto.

En lo general, esta modernización del Sur Global implantó una visión eurocéntrica que fortaleció la percepción orientalista, folklorizada, exotizada de Asia, de África y, también, de América Latina y el Caribe, que legitimó su dominación incluso más allá de la Segunda Guerra Mundial. Los países del Sur Global adoptaron de una manera diferenciada dicho proceso de modernización, que no solo se limitaba a la cultura, sino que tenía como ejes fundamentales la modernización de los sistemas educativos, el cambio de las relaciones de trabajo por la incipiente industrialización con una intensidad diferenciada, y la adopción de los regímenes parlamentarios y constitucionalistas que exigía el capitalismo en su versión imperialista.

Mientras esto está sucediendo en Asia y África, América Latina y el Caribe también están sufriendo cambios con un alcance diferenciado y un proceso de modernización y urbanización concentrado, sobre todo en países como Argentina, México, Brasil, Chile y Perú. Como se sabe, el proceso de las independencias tenía casi un siglo de haber concluido para cuando muere Mariátegui; no obstante, la modernización imperialista de esta región entra en una fase de consolidación en los albores del siglo XX. Por ello, al inicio de la Primera Guerra Mundial hay aspectos que aún debían

resolverse como la cuestión sobre lo nacional, consecuencia de una crisis política generalizada que después de las independencias se intensificó con una serie de conflictos internos y con las intervenciones extranjeras que no dejaron de asolar a los pueblos latinoamericanos y caribeños.

Los últimos treinta años del siglo XIX serán definitivos para un nuevo rumbo de la modernización de la economía y de las instituciones en América Latina y el Caribe, lo cual estuvo ligado al ingreso de la región a la economía mundial, a través de las rutas comerciales marítimas que se consolidaron hacia el atlántico norte. Esto supuso una incipiente industrialización que permitió una mayor exportación de productos primarios hacia las economías del atlántico norte y dio estabilidad económica a las clases medias y altas de la región, con excepción de dos momentos fuertes en Latinoamérica: la Guerra del Pacífico (1879-1884) y la Revolución mexicana (1910-1920)³⁶.

Terminada la Primera Guerra Mundial la economía latinoamericana fortaleció el modelo de exportación de enclave, lo cual significó la posibilidad de que, en la década de 1920, algunos países entraran en un intenso proceso de industrialización y de un fortalecimiento de la exportación de materias primas. La modernización económica de este momento permitió el surgimiento de una nueva clase media y la urbanización de las capitales de los países latinoamericanos, lo cual fomentó una migración interna. Esto trajo como consecuencias la proliferación de organizaciones sindicales y de los nuevos partidos comunistas latinoamericanos y caribeños³⁷. La reforma universitaria de Córdoba fue el proceso de mayor impacto de la modernización cultural en esta región que no pasó desapercibida

por Mariátegui³⁸ quien la comparó con lo sucedido en los países asiáticos:

Cuando se confronta este fenómeno con el de las universidades de la China y del Japón, se comprueba su rigurosa justificación histórica. En el Japón, la Universidad ha sido la primera cátedra de socialismo. En la China, por razones obvias, ha tenido una función todavía más activa en la formación de una conciencia nacional. Los estudiantes chinos componen la vanguardia del movimiento nacionalista revolucionario que, dando a la inmensa nación asiática una nueva alma y una nueva organización, le asigna una influencia considerable en los destinos del mundo. En este punto se muestran concordes todos los observadores occidentales de reconocida autoridad intelectual³⁹.

La importancia que Mariátegui le da al aspecto educativo es tal que justo después de hacer un balance crítico de la Revolución Mexicana señala que la labor educativa de Vasconcelos es el mejor legado del proceso mexicano a la revolución social en América Latina.

Pero la actividad más revolucionaria y trascendente del gobierno de Obregón ha sido su obra educacional. José Vasconcelos, uno de los hombres de mayor relieve histórico de la América contemporánea, ha dirigido una reforma extensa y radical de la instrucción pública. Ha usado los más originales métodos para disminuir el analfabetismo; ha franqueado las universidades a las clases pobres; ha difundido como un evangelio de la época, en todas las escuelas y en todas las bibliotecas, los libros de Tolstoy y de Romain Rolland; ha incorporado en la Ley de Instrucción la obligación del Estado de sostener y educar a los hijos de los incapacitados y a los

huérfanos; ha sembrado de escuelas, de libros y de ideas la inmensa y fecunda tierra mexicana⁴⁰.

No obstante, no hay que dejar de mencionar que los procesos educativos para afirmar la identidad, tanto en México como en Perú, fueron sumamente agresivos con los pueblos indígenas. Mariátegui no fue ajeno a esta crítica que era la cara no tan oculta del “proceso civilizador de la educación”, del cual no dejó de señalar su herencia colonial⁴¹.

Entre la vasta obra que dejó José Carlos Mariátegui, la parte de los textos que escribió directamente sobre los países latinoamericanos y caribeños es hasta cierto punto modesta, pero no deja de ser significativa. En esta antología, tratando de equilibrar los apartados propuestos, he decidido seleccionar algunos textos que muestran el interés de Mariátegui en temas de la lucha social y antiimperialista de la región. Incluso en el caso de México, que ha sido recuperado en otros trabajos, he seleccionado solo uno que concentra la crítica de Mariátegui al proceso posrevolucionario mexicano. Si se revisan los escritos que Mariátegui escribió directamente sobre la revolución mexicana, se podrá observar que hay una visión primero favorable al proceso revolucionario y a la trayectoria política de Álvaro Obregón y que termina tomando distancia del proceso mexicano con la llegada de los gobiernos represivos de Plutarco Elías Calles y Portes Gil⁴².

Llama la atención la importancia que le da el Amauta a este período y a esos personajes que hoy representan la línea oficial de la institucionalidad de la política mexicana, con respecto a otros como los magonistas o Emiliano Zapata y Francisco Villa que apenas son mencionados en

el universo mariateguiano, pienso que debe tenerse en cuenta el significado que tuvieron estos personajes en la década de los veinte para la política mexicana, pues implementaron la reconstrucción del Estado luego de una década de una lucha civil⁴³. La consideración de Mariátegui, vale decirlo para el caso mexicano y también para los demás procesos políticos de Latinoamérica, estriba en observar el papel que las burguesías nacionales están jugando y cómo dirimen el conflicto social dentro de sus Estados. Mariátegui observa cómo el proceso de modernización económica en la región latinoamericana, además de que no ha beneficiado a los sectores más desfavorecidos, tampoco ha consolidado a las burguesías nacionales que se muestran no solo débiles, sino serviles ante el flujo y la intervención estadounidense.

Decía al inicio que Mariátegui ve en la crisis un momento de oportunidad política, y este proceso de modernización iniciada con el imperialismo del siglo XIX, así como el conflicto que se desarrolla con la Primera Guerra Mundial, son momentos en los cuales las burguesías y las elites coloniales, mientras construyen nuevas relaciones de poder mundial, abren la posibilidad para que las regiones del Sur Global puedan aspirar a la liberación, especialmente en Asia y África (el impacto de estas regiones en América Latina lo veremos en seguida):

Existen, en otras palabras, las condiciones históricas, los elementos políticos necesarios para que el Oriente resurja, para que el Oriente se independice, para que el Oriente se libere. Así como, a principios del siglo pasado, los pueblos de América se independizaron del dominio político de Europa, porque la situación del mundo era propicia, era oportuna para

su liberación; así ahora los pueblos del Oriente se sacudirán también del dominio político de Europa, porque la situación del mundo es propicia, es oportuna para su liberación⁴⁴.

La revolución asoma por el Oriente

Si Marx ha dicho que una revolución europea sin Inglaterra se parecería solamente a una tempestad en un vaso de agua, nosotros os decimos oh, compañeros de Alemania, que una revolución proletaria sin el Asia no es una revolución mundial.

José Carlos Mariátegui, "Decimotercera conferencia. La agitación revolucionaria y socialista del mundo oriental".

Para José Carlos Mariátegui el desarrollo de la revolución proletaria comunista tuvo su origen en Europa con el desarrollo del proletariado europeo, de eso no tuvo ninguna duda. De hecho, la creación de las tres internacionales comunistas, es vista por Mariátegui a modo de una expansión no solo de los alcances geográficos, en términos de la penetración del comunismo en la cultura de los países a nivel mundial, sino también a modo de una expansión del mismo sujeto revolucionario.

Para una lectura del Sur Global quizá valga la pena recordar que, a inicios del siglo XX, Rusia era una región periférica que no estaba alineada con la centralidad de las potencias económicas y políticas que dominaron a nivel mundial. Su introducción al escenario mundial en el siglo XIX fue más por el influjo de la revolución industrial y de la apertura comercial de Occidente. Los territorios de Europa del Este y de Asia eran vistos como territorios de conquista. Lo mismo sucedía en el terreno cultural: París fue la capital del siglo XIX, los centros culturales del imperialismo lejos estuvieron de asentarse en Shanghái o Moscú. No obstante, dentro de

Rusia la tensión entre Oriente y Occidente va a estar muy latente dentro de las dos principales ciudades que tramataron los siglos XIX y XX, Moscú y San Petersburgo disputaron su lugar como capitales culturales⁴⁵.

Incluso, se puede decir que hasta muy entrado el siglo XX se combinaron en Rusia los rasgos del feudalismo europeo y los intercambios con las culturas asiáticas. A partir de mediados del siglo XIX las relaciones capitalistas se irán imponiendo sobre estas dinámicas culturales⁴⁶. En este sentido, Rusia también comparte rasgos del proceso de modernización del tercer mundo ya descrito. Del mismo modo que a los demás países del Sur Global, la intervención del capitalismo inglés sitúa a Rusia como una semi-colonia, aunque también, como China o Japón, estableció relaciones coloniales con otras regiones asiáticas, sobre todo a partir de la Primera Guerra Mundial. En este sentido, Pablo González Casanova⁴⁷ nos recuerda la fuerza del reclamo de los representantes árabes sobre el carácter colonial de Rusia en la Conferencia de Bakú. Esta dimensión se refleja en el breve texto de Mariátegui sobre el conflicto de Manchuria⁴⁸. Estos son dos ejemplos de la expresión de las tensiones que Rusia va a representar a lo largo de su historia.

Dentro de las interpretaciones del denominado “marxismo occidental”, la Revolución Rusa ha sido codificada como un fenómeno occidental, y no se presta atención al desarrollo que tuvieron los procesos revolucionarios posteriores a la Revolución de Octubre fuera de Europa. Aunque este no es espacio para dicha reflexión, es interesante pensar hasta qué punto realmente la Revolución Rusa coincidía con las ideas eurocéntricas del “marxismo

occidental". Como se ha señalado, desde quienes observan la Revolución Rusa en su conexión con las discusiones del "Marx tardío"⁴⁹ o de "Marx en los márgenes"⁵⁰, la importancia del campesinado en Rusia es lo que definió el carácter de esa revolución. Estas visiones empatan con los trabajos que han tratado de analizar el proceso de la revolución de Octubre como algo más amplio de la influencia bolchevique y que han sido denominados como la "vía rusa" o la "otra Revolución Rusa"⁵¹.

Estas lecturas no solo ponen el acento en la característica social del sujeto revolucionario del Sur Global, la clase campesina, señalando incluso a partir de Trotski el influjo dentro del proceso revolucionario de un "bolchevismo rural"⁵². Del mismo modo, amplían los alcances de los movimientos comunistas hacia el problema del nacionalismo y del antiimperialismo como parte central de un marxismo oriental⁵³.

La Revolución Rusa no fue una revolución plenamente Occidental y cosmopolita como ha sostenido cierta lectura del marxismo. La Revolución Rusa fue un proceso abigarrado o, en todo caso como dice Terry Eagleton, una "constelación"⁵⁴ en la cual la tensión de Oriente y Occidente no se resolvía únicamente asumiendo el origen europeo de las teorías socialistas y especialmente del comunismo. Pienso que no se debe asumir que cuando Mariátegui expresa la fuerza de Occidente a partir de la Revolución Rusa, se tenga que asumir, como lo han hecho la mayoría de las lecturas marxistas, como si el Amauta pensara que la noción de Occidente bajo el capitalismo fuera lo mismo que el Occidente pensado en clave comunista. Para Mariátegui ese Occidente capitalista no solo está en crisis sino que ya no puede dotar

de sentido a la humanidad, su fuerza espiritual se ha agotado, por lo cual solo le queda la fuerza de las armas, por eso ya no tiene qué ofrecer a las naciones del Sur Global⁵⁵. Aún más, al mencionar el problema de los pueblos negros, señala que, ante ese agotamiento de la imaginación, Occidente busca en la explotación mercantil de su estética y su arte la reactivación del consumo industrial⁵⁶.

La nueva moral de Occidente es aquella que puede pensar de manera distinta el problema del Sur Global. Esto ha significado un cambio total de la relación y de la tensión entre Oriente y Occidente, aunque lo más importante es la reconfiguración que Mariátegui observa del sujeto histórico. Si en la Primera y en la Segunda Internacional tenemos al proletariado europeo que salta a la lucha sin importarle la situación de explotación y dominio de los trabajadores del Sur Global,⁵⁷ con la Tercera Internacional hay un desborde de ese sujeto revolucionario porque el momento de la transformación radical se instaura en las extremidades periféricas del capital donde el sujeto político es el campesinado. La tercera internacional es a los ojos de Mariátegui “la Internacional oriental”⁵⁸. ¿Qué es lo que ha pasado aquí? Ha pasado que la nueva moralidad de Occidente bajo el comunismo debe de ser una moralidad nacionalista, antiimperialista y de combate al racismo. Nos dice Jorge Oshiro Higa que esto se logró a partir de una toma de conciencia de los trabajadores europeos que fue tratando de trascender el eurocentrismo:

Había una frontera invisible que ellos, los trabajadores europeos, no veían ni comprendían: el racismo, el etnocentrismo. Creían tener una conciencia universal y solamente alcanzaban

una región, una provincia del mundo. Europa creía hablar en nombre de la humanidad explotada y se limitaba a hablar en nombre de los explotados que constituían una minoría dentro del conjunto. Creían haber roto con todas las formas de hegemonía burguesa y no se daban cuenta de que vivían aún dentro de la hegemonía de la cultura occidental⁵⁹.

Esto no es solo por el agotamiento de Occidente que va a estar presente en las reflexiones que Mariátegui realizó a lo largo de su vida, sino también porque los intentos de instaurar la revolución mundial a partir de las capacidades y potencias del progreso de los países del Norte, y de la maduración del sujeto revolucionario, fracasaron o fueron derrotados: las revoluciones de 1840-1850, la Comuna de París, la revolución de los consejos alemanes. La contención de esa misma fuerza proletaria desarrolló un movimiento de reacción en Europa: el Fascismo del que Mariátegui vio su ascenso, pero no su momento de mayor barbarie, con los nazis en el poder.

Un intelectual como José Aricó⁶⁰, en uno de los balances que realizó sobre una lectura política del marxismo en Gramsci, señaló que el alcance de esa derrota, no solo del comunismo alemán, sino del socialismo en su conjunto, fue una derrota que se puede traducir como el vencimiento del conjunto del movimiento obrero en la década de los veinte del siglo pasado, ante la cual incluso Lenin tuvo que hacer un balance. Aricó concluye que la revolución mundial ya no podía activarse en Europa. Por lo cual pone sobre la mesa y en el debate internacional la vía rusa al socialismo⁶¹. Esto es interesante porque, al igual que Aricó, quien contó con la experiencia de la historia pasada de las revoluciones socialistas en el siglo XX, Mariátegui observa sobre el propio

movimiento de la historia la orientalización del marxismo y el lugar de lo nacional en el contexto de la revolución mundial. Una expansión del Occidente a Rusia y luego de Rusia al resto del Sur Global, aunque en el caso de Mariátegui solo podrá ver su primer desarrollo y decadencia con Sun Yat-sen⁶² y no su conclusión con Mao Tse Tung⁶³.

Quizá valga la pena matizar el asunto del problema colonial dentro de la Segunda Internacional que, si bien no fue una organización con un posicionamiento político firme, era una cuestión dividida que no alcanzó el consenso necesario. Pero lo interesante es que había un sector dentro de la Segunda Internacional que no fue ajeno al problema colonial. Shlomo Sand resume las posiciones sobre el problema del colonialismo dentro de la Segunda Internacional de la siguiente manera:

Podemos comprobar pues que los socialistas más liberales eran los más comprensivos en relación con la realidad colonial, percibida como una necesidad histórica y hasta como un proceso de civilización de los indígenas “primitivos”. Sus aliados de la burguesía liberal, si bien anteriormente habían promovido siempre que el Estado interviniera lo mínimo posible en el terreno de la economía, votaban regularmente los presupuestos militares exigidos para financiar las tropas coloniales. Esta inversión les parecía válida y útil para hacer progresar la economía nacional. Por otra parte, defendían el proteccionismo que comenzaba a imponerse en todo el mundo. Por su lado, los socialistas reformistas argumentaban que las colonias contribuían a mejorar el nivel de vida de los obreros de las metrópolis y reducían las crisis cíclicas inherentes al capitalismo. Conviene recordar aquí que las riquezas procedentes de las colonias representaban entre el

5 % y el 8 % del producto anual de Inglaterra y de Francia, lo que aumentaba las desigualdades de clase en estos países⁶⁴.

Aunque la postura antimperialista de los bolcheviques, y especialmente la de Lenin, fue anterior a la victoria de la Revolución Rusa, el dirigente ruso hizo del antiimperialismo y de la autodeterminación de las naciones un eje de lucha internacional, el cual fue visto como una oportunidad y una alianza de los sectores nacionalistas y con un incipiente independentismo, sobre todo en el Asia y África. La situación latinoamericana tenía otras consideraciones, las cuales no excluían el dominio imperial del Caribe y la fuerte presencia de Estados Unidos a lo largo del continente. La invasión de Haití en 1915, por parte del imperialismo estadounidense, marcó el inicio de la hegemonía militar, comercial y política en el Caribe y Centroamérica en el siglo XX⁶⁵.

La década de 1920 fue crucial para los procesos revolucionarios del Sur Global, y tuvo su declive después de la muerte de Lenin. Sobre todo, con el viraje en la década de los treinta que, con miras al combate contra el nazismo, impulsó la "Unidad a toda costa", cuestión que cambió con el fin de la Segunda Guerra Mundial y el periodo de la Guerra Fría. No obstante, en esos primeros años del régimen soviético con Lenin al frente, al seno del Segundo Congreso de la Comintern se discutió el tema de los países semi-coloniales, donde el debate se dirimió entre si se debía o no apoyar a las burguesías nacionales en la lucha contra el imperialismo.

Semanas después de la realización del Segundo Congreso de la Comintern (julio-agosto, 1920) se llevó a cabo el célebre Primer Congreso de los Pueblos del Este en Bakú (septiembre, 1920), que reunió a más de dos mil

personalidades provenientes de todo el mundo y que también fue un espacio de presencia de los partidos comunistas nacionales que recién se estaban creando. El Congreso del Bakú tuvo una fuerte presencia árabe que se puede ver en los registros sobre la nacionalidad de los participantes, los cuales señalaban que de las “delegaciones del Medio Oriente participaron 235 turcos, 192 persas y farsíes, 157 armenios, 11 jázaros, 8 kurdos, 3 árabes y 9 afganos. De entre esos delegados, 55 eran mujeres. Eso sumando la participación de grupos grandes de delegados de los pueblos oprimidos por el imperio ruso, de chinos, coreanos, balcánicos, indochinos e indios. El congreso habló en más de 53 idiomas y dialectos”⁶⁶ La importancia del Congreso radica en el llamado a la articulación de la lucha de la Tercera Internacional con las luchas de liberación en Asia⁶⁷. Pero también sentaron la discusión sobre hasta qué punto la revolución socialista redime por sí misma otro tipo de dominaciones o procesos de segregación entre distintas culturas. En este sentido, y desde una lectura de amplio alcance, Pablo González Casanova sienta los orígenes de la discusión del colonialismo interno en este Congreso:

La noción de colonialismo interno no apareció sin embargo hasta el Congreso de los Pueblos de Oriente celebrado en Bakú en septiembre de ese año. Allí los musulmanes de Asia, “verdadera colonia del imperio ruso”, hicieron los primeros esbozos de lo que llamaron “el colonialismo en el interior de Rusia”. Es más, hicieron los primeros planteamientos, en el ámbito marxista-leninista, de lo que llegaría a conocerse más tarde como la autonomía de las etnias. Concretamente sostuvieron que “la revolución no resuelve los problemas de las relaciones entre las masas trabajadoras de las sociedades

industriales dominantes y las sociedades dominadas” si no se plantea también el problema de la autonomía de estas últimas. Advirtieron la dificultad de hacer a la vez un análisis de la lucha de liberación, o por la autonomía de las etnias, que no descuidara el análisis de clase o que no subsumiera la lucha de los pueblos y las naciones en la lucha de clases⁶⁸.

Los avances de este Congreso de Bakú, aunque fueron afectados por las políticas estalinistas que denostaron la lucha nacionalista, encontraron su nexa más fuerte con la creación de la Liga contra el Imperialismo y el Colonialismo, de la cual Mariátegui consignó y debatió sus alcances y límites de manera sucinta. Esta Liga tuvo dos encuentros emblemáticos tanto en Bruselas (1927) como en Frankfurt (1929).

La elección de Bruselas como sede del Congreso Antimperialista —que dio vida a la Liga contra el Imperialismo y el Colonialismo— además de la negación de los gobiernos de Alemania y Francia de permitir su realización, tuvo motivaciones políticas fuertes. Recordemos que en ese momento Bruselas era la capital económica de Bélgica, cuya riqueza y ostentación, fueron producto de años de colonialismo en África. Ante esto el gobierno belga, que trataba de deslindarse de la figura del emperador Leopoldo II, aunque no se pronunció a favor del evento, permitió su realización. Por otra parte, los grupos socialistas europeos también presionaron, ya que el encargado de relaciones exteriores del gobierno belga era Émile Vandervelde, quien también era militante de la Segunda Internacional Socialista, por lo cual había cierta presión para que esta organización no fuera mal vista por el rechazo de este evento. Aunque, por su parte, el gobierno belga logró negociar que no se tocara el tema del Congo.

Vijay Prashad señala que el Congreso fue patrocinado por Albert Einstein, Romain Rolland y la dirigente nacionalista china Sung Ching-Ling (viuda de Sun Yat-sen), también “en parte (y en secreto) por la Internacional Comunista (y que se cree que también estuvo subvencionado por el *Kuomintang* chino y el gobierno mexicano de Plutarco Elías Calles)”⁶⁹. El encuentro tuvo una recepción masiva con 200 delegados de 37 países que representaron a 134 organizaciones políticas, sindicales y campesinas.

Aunque la presencia de las delegaciones africanas fue significativa y el silencio sobre el Congo fue notorio, aun así, los delegados africanos lograron imponer las demandas de la independencia de África y de los países semicoloniales. En general, en este sentido, el Congreso de Bruselas, con el tema de la autodeterminación, fue también, como lo señala Prashad, una toma de postura contra las Naciones Unidas que desde su creación favorecieron el control de los territorios africanos aludiendo a un periodo de aprendizaje y maduración política luego del reacomodo mundial del imperialismo al término de la Primera Guerra Mundial. Por parte de los países latinoamericanos, la presencia de Haya de la Torre, dirigente del APRA y de la Liga Antimperialista de las Américas⁷⁰ fue imprescindible para la denuncia del imperialismo en la región. Sobre todo, para la difusión y defensa de la lucha sandinista en Nicaragua, así como para la discusión de las tesis antiimperialistas de autores como el propio Mariátegui. En el contexto latinoamericano esto es relevante porque, a partir del viraje de las políticas de la URSS en 1928, en su VI Congreso, las posiciones de Mariátegui sobre el tema nacional no serán bien recibidas por los agentes de Moscú. Daniel Kersffeld

sintetiza de esta manera la importancia que concitaron las rebeliones anticoloniales asiáticas y africanas durante el Congreso, aunque sin dejar de atender la relación de América Latina con el imperialismo estadounidense:

Hasta aquí podía notarse, en efecto, que el interés de los organizadores del Congreso de Frankfurt pasaba, sobre todo, por las luchas antiimperialistas desarrolladas en la India y Extremo Oriente: el caso chino seguía concitando la atención de la Comintern, más aún luego del avance nacionalista por sobre el movimiento comunista. A estos les seguían en importancia las características de los movimientos del Sudeste Asiático, filipinos y árabes y, por último, de las particularidades de la corriente de reafirmación identitaria de la negritud, ya sea que esta población estuviera ubicada en el Nuevo Continente o en África. Sólo a continuación, en el lugar número ocho, el Orden del Día situaba la problemática específica de la región bajo el título de “La América Latina contra los imperialismos inglés y norteamericano”. Así, se trataba entonces, del último tratamiento “regional” del Orden del Día, pues los siguientes puntos, “La misión de los sindicatos en la lucha contra el imperialismo” y “La situación social y política de la mujer en los dominios coloniales y semicoloniales”, revelaban en realidad cuestiones de índole puramente tácticas o discusiones más bien orientadas en términos generales⁷¹.

Pese al entusiasmo que generaron tanto el Congreso de Bruselas como la réplica que se llevó a cabo en Frankfurt, el movimiento internacional antiimperialista del Sur Global tuvo algunas complicaciones. Las potencias imperiales se dedicaron a denostar a la Liga contra el Imperialismo y el Colonialismo como un instrumento de propaganda comunista y, por lo tanto, como una posible amenaza, aunque

para fines de la década de 1920 el régimen soviético comenzaba a mirar con desconfianza a los movimientos nacionalistas, impulsando una política de deslinde de los partidos comunistas del influjo nacionalista burgués. La confrontación de las posturas nacionalistas con las comunistas se vio afectada en el conflicto entre el *Kuomintang* y la Comintern, que derivó en el asesinato de miles de comunistas chinos en Shanghái en 1927. Las políticas regionales identitarias como el panafricanismo, el panasianismo y el panamericanismo fueron otro factor por el cual varias de las demandas antimperialistas con arraigo nacionalista liberal tomaron una fuerza relativa dependiendo el momento y la región.

Estas discusiones sobre las ideas regionalistas que mantenían cierto esencialismo también eran miradas con desconfianza por Mariátegui, como se puede observar en los debates que tuvo con el panamericanismo —el cual en esos momentos, en términos políticos, no dejaba de verse bajo la influencia estadounidense— y, sobre todo, en el rechazo que tendrá a posturas como las de Marcus Garvey, sobre las cuales desafortunadamente Mariátegui no ahondó, pero dejó asentado que consideraba como “sionismo negro”⁷². Incluso Garvey era un autor con el cual otras figuras emblemáticas del panafricanismo tomaron distancia como George Padmore⁷³.

América Latina la revolución porvenir

El tema de la nación siempre ha sido problemático para la tradición socialista, dada la relación que este aspecto puede tener con respecto a quién dicta qué y cómo se debe entender lo nacional. Esta crítica tiene su sentido

por la manera en la cual se han conformado los Estados nación, los cuales han quedado capturados por un solo grupo social, a partir de la clasificación social que impuso el patrón de dominio de la colonialidad de poder en esta región. La blanquitud de las oligarquías locales y la exclusión de las culturas dominadas sobre la definición de lo nacional expresan las relaciones intrincadas de las herencias coloniales del Sur Global, cuestión que define la singularidad de sus luchas.

¿Qué nos dice en este sentido la obra de Mariátegui como expresión y herencia de las luchas anticoloniales del Sur Global? A mi parecer, sigue existiendo una importancia por la definición de lo nacional, no solo como esfera de identidad, también como campo de posibilidad de establecer procesos emancipatorios que busquen esquemas de cooperación y de solidaridad transnacional para enfrentar las problemáticas g-locales⁷⁴. El entendimiento de lo nacional también implica la comprensión de las lógicas de racialización y, por lo tanto, de exclusión o inclusión comunitaria. Por ello, para Mariátegui, una pregunta fundamental sobre las luchas anticoloniales es ¿hasta qué punto la experiencia de los países latinoamericanos que ya tuvieron un proceso de liberación e independencia en el siglo XIX puede asimilarse a la de los países de Asia y África de inicios del siglo XX? Esta cuestión en su generalidad expresa un campo de reflexión muy fructífero.

Tratando de resolver ese cuestionamiento, Mariátegui observará que hay una relación de cooperación y subordinación de las oligarquías locales latinoamericanas con el imperialismo, a diferencia de la tensión constante en las oligarquías asiáticas. Dado que en los países asiáticos las

relaciones entre elites imperiales y locales se establecieron más por cuestiones comerciales que por la asimilación completa a los valores y aspiraciones culturales hegemónicas por Occidente, estas relaciones suelen ser conflictivas. El texto sobre “El problema de las razas en América Latina”, es muy significativo en ese sentido. Para Mariátegui, la cuestión antiimperialista funcionaba plenamente en Japón, donde el japonés más rico, anota, se siente “cercano” al japonés pobre; en cambio, en América Latina, el oligarca se siente completamente alejado del indio o mestizo y cercano a los europeos (el oligarca prefiere casar a su hija con el garzón inglés que trabaja en la embajada que con un mestizo, aunque este sea burgués)⁷⁵.

Aunque Mariátegui mira con respeto las formas de lucha de los movimientos asiáticos, no deja de ser crítico también con esos movimientos, especialmente con las tendencias que no se deciden por una defensa firme de los intereses de las clases populares, como es el caso de Gandhi. Pero también rechaza una igualdad total entre las luchas asiáticas y latinoamericanas. Esta fue una de las cuestiones que le hicieron tomar distancia, incluso en el terreno político, de los dirigentes del APRA, quienes sentían que la experiencia del *Kuomintang* era un modelo a seguir. En “El punto de vista antiimperialista” y en las Cartas que dirigió a la sección mexicana del APRA —por citar algunos documentos— Mariátegui se distancia del APRA, ya que considera que el sentido antiimperialista es una herramienta de lucha en un horizonte más amplio que es el socialismo; mientras que para el APRA la lucha por el socialismo queda descartada por la modernización institucional sujeta a las dinámicas del capital imperial.

El tema de la revolución en Mariátegui está ligado a la metáfora predilecta que utiliza para hablar de ella a lo largo de su obra: lo matinal. En estricto sentido, la contraposición entre una hora crepuscular, que marcaba la decadencia y lo lúgubre, y lo matutino, como un nuevo despertar.⁷⁶ Decía al inicio de este escrito que Mariátegui piensa la crisis como un momento de oportunidad política, como un momento en el cual lo que se debe es hacer crisis de la crisis, porque sabe que, aunque Occidente esté moribundo, el capitalismo sigue su marcha triunfal. El capitalismo sigue abriendo las tabernas y los salones de noche, mientras por las mañanas en el Oriente asoma la revolución. No es casualidad la manera en que comienza el libro *El alma matinal y otras estaciones del hombre*: "Todos saben que la Revolución adelantó los relojes de la Rusia soviética en la estación estival. Europa occidental adoptó también la hora de verano, después de la guerra. Pero lo hizo solo por economía de alumbrado. Faltaba en esta medida de crisis y carestía toda convicción matutina"⁷⁷.

Mariátegui pone aquí dos ideas. La primera es que la Revolución Rusa hizo saltar los relojes, por lo tanto, la temporalidad en lo social tiene un grado de relatividad, las condiciones de la revolución están latentes, solo hay que activarlas. Esto ya de suyo contrapone a Mariátegui con las visiones etapistas, eurocéntricas y del derrumbe que plantean el desarrollo de lo social de manera unidireccional. La segunda idea es que Europa, con todos sus adelantos científicos, era incapaz de salir de la crisis de la Primera Guerra Mundial porque le faltaba vitalidad, le faltaba hacer crisis de la crisis.

La vigencia de la revolución estaba latente y manifestándose en el Sur Global, pero le faltaba despojarse de las ataduras que la mantenían anclada a factores socioculturales que solo contemplaban la vida de manera nostálgica. Los valores de la libertad, de la democracia, de la igualdad, de la emancipación caminaban ya sobre el Sur Global, pero faltaba la manera en la cual podían irrumpir como una nueva moral, como un nuevo sentido de concebir el mundo. En este sentido, Mariátegui empata con Marx al pensar que la poesía de la revolución vendrá del porvenir, de lo nuevo que los pueblos del Sur Global puedan plantear. Y eso nuevo pasaba por el fortalecimiento de una nueva tradición y de un nuevo sentido de lo nacional que no tenía que ver con sus figuras arcaicas, pero mucho menos con la marcha triunfal de la burguesía y de la elite colonial. El proceso de modernización del Sur Global y la resistencia de los movimientos nacionalistas, antiimperialistas y comunistas, dan cuenta de una visión de la historia que implica la simultaneidad de lo no simultáneo, no solo son historias diferentes cada una con su evolución propia, sino que son historias particulares, pero ligadas a una totalidad llena de interrupciones, saltos, clausuras y posibilidades.

Mariátegui piensa a Europa, y en particular a la cultura occidental, como sumida en una crisis pero que permite la apertura a las doctrinas revolucionarias más adelantadas de su tiempo, específicamente a la de la expansión del comunismo. En la perspectiva de Mariátegui no es que el Sur Global tuviera que luchar primero por la defensa de las burguesías locales y luego por el comunismo, sino que ambas luchas se expresan como un proceso paralelo. Pero los movimientos vanguardistas tenían la posibilidad de

llevar más allá los avances democráticos que ya se estaban dando. De hecho, el interés que tiene Mariátegui en estos procesos de modernización de Asia y África se centra en las enseñanzas que puedan ofrecer al pueblo latinoamericano para emprender una lucha por el comunismo.

Sobre la antología

La antología ofrece una visión panorámica de las consideraciones que hizo José Carlos Mariátegui con respecto a los países del Sur Global; por lo cual, hay algunos textos o versiones de escritos que no fueron retomados, así como un par de escritos que, debido a que aparecen en otros trabajos compilatorios recientes, tratamos de no repetir. En esta selección se utilizó especialmente el tomo I de la obra *Mariátegui Total*, pero se procuró utilizar otro tipo de fuentes cuando fue necesario.

Para sentar la procedencia de los textos se optó por consignar, debajo del título de cada artículo, la referencia de donde fue publicado por primera vez, seguida del volumen correspondiente a las “Ediciones populares de las Obras Completas de José Carlos Mariátegui” (20 tomos), que editó la familia de Mariátegui y se publicaron bajo el sello de Empresa Editora Amauta y, posteriormente, se anotan las páginas correspondientes en que aparecen los textos en *Mariátegui Total*; exceptuando algunos textos que no están incluidos en alguna de esas dos fuentes o fueron publicados por primera vez de manera póstuma. Incluir las páginas del tomo I de *Mariátegui Total* obedece a las modificaciones y a la agrupación que los editores de esa compilación realizaron y difiere de la colección de “Obras

Completas". Por ejemplo, el libro *Figuras y aspectos de la vida mundial*, que la colección de Obras completas dividió en tres volúmenes, correspondientes a los tomos 16, 17 y 18, en el Tomo I de *Mariátegui Total* se agrupa como si fuese un texto único sin divisiones. Se mantuvieron las notas al pie que aparecen en los escritos mariateguianos.

La antología se divide en cinco partes. La primera selección de textos ahonda sobre un tema clásico, las tensiones entre Oriente y Occidente. La segunda parte recoge un texto que escribió sobre aspectos culturales y políticos de Rusia. A este país se le da una autonomía por la importancia que adquirió en el horizonte de discusión del Amauta: pensar la instauración de una nueva sociedad. De hecho, las consideraciones que Mariátegui tiene sobre el Sur Global serán tratadas a modo de un espejeo permanente con el proceso revolucionario ruso. La tercera sección recoge los textos que escribió directamente sobre Asia. China fue un tema de reflexión permanente, así como la cultura árabe; cabe mencionar la relevancia de los textos que escribe sobre el pueblo judío y Palestina. Aunque la parte más breve, en cuanto a documentos escritos por Mariátegui, fue África, su discusión está ligada al periplo de los pueblos árabes; sin embargo, le he dado autonomía porque el continente africano tiene una complejidad mayor no solo por la riqueza de tradiciones culturales sino también por la manera en que se instauraron los distintos imperialismos a partir del siglo XIX. Si se mira en conjunto la obra de Mariátegui, en otros textos aparecen menciones a África que la ligan con otros motivos, como los de sus anclajes ancestrales o sus tradiciones políticas, como el panafricanismo que, como se ha señalado, estaba en el horizonte de discusión

del Amauta. Por último, hay una breve selección de textos sobre América Latina, el espacio de reflexión predilecto para nuestro autor.

Este trabajo ofrece una mirada panorámica de la región, tratando de mantener, en la medida de lo posible, un equilibrio entre los textos dedicados a cada tema. Además, se procuró que los textos no solo fueran de corte estrictamente político, sino que también tuvieran un alcance filosófico o cultural que contribuyera a la comprensión del Sur Global en el contexto de la crisis que señala Mariátegui. Como ya se ha señalado, por cuestiones de espacio, no se seleccionaron los textos sobre problemáticas del Sur dentro del Norte Global, quizá en otro momento podamos avanzar en esa dirección.

Por último, quiero agradecer los valiosos comentarios de Claudio Berrios, Boris Marañón y Jaime Ortega sobre este tema que sigue estimulando la imaginación política de la región.